

CULTURA Y VIDA LOCAL

Félix Maraña

Conocer la realidad próxima, realidad de la que dependemos y que tanto nos condiciona por activa o por pasiva, debería ser en cualquier caso una asignatura obligatoria. Porque conocer esta realidad ayuda a los ciudadanos a identificarse con ella, al tiempo que les hará perder la tentación de magnificarla, como si fuera única e irrepetible. El conjunto de fenómenos y actitudes que definen cualquier realidad cultural o sociológica deben ser valorados en su justa medida, y en primer término, por los naturales del lugar, por quienes hacen esa realidad día a día. Este respeto, comprensión e identificación, en su caso, predisponen a los particulares para respetar y valorar con equilibrio y equidistancia cualquier otra realidad exterior. Pero es este un proceso de maduración social que debe desarrollarse sin maximalismos. En el fondo, toda tentación a la megalomanía y a cierta endogamia en la valoración de la historia o la cultura particular —actitud propia de sociedades cerradas, como reconoce *Kárl Popper*, sociedades en suma con bastantes complejos históricos colectivos y algunos problemas de convivencia por resolver—, todo esfuerzo, decimos, por presentar lo propio como exclusivo, toda exacerbación de los valores particulares sin medida, revelan, de un lado, la incapacidad para conducirse de forma independiente de este o aquel grupo social y, de otro lado, la paulatina disociación entre referente cultural universal y los caminos para identificarse con éste. Eso cuando lo que se hace no es sino encubrir, consciente o inconscientemente, los defectos propios.

Existe hoy una corriente de valoración y reconocimiento de las culturas particulares, fenómeno conocido en términos de socio-política como *reivindicación de la diferencia*, que tiende a situar todo este proceso que comentamos en un contexto cultural de exigencia crítica. Este fenómeno, reivindicado por los nacionalismos europeos de uno y otro signo, ha tenido también sus cultivadores en el terreno de la historia y la sociología. Incluso, las instituciones de orden supraestatal, como la UNESCO. En su conferencia de México, en 1982, esta organización hizo públicas, bajo el epígrafe de “*Declaración sobre políticas culturales*”, conocida posteriormente como “*Declaración de México*”, algunas conclusiones que entran de lleno en esa filosofía, singularmente en el apartado que se dedica a la *identidad cultural*, y que puede resumirse, en un espíritu

universalista, en la frase pronunciada en su día por el también mexicano *Benito Juárez*: “Entre los individuos como entre las naciones, el respecto del derecho del otro es la paz”.

Este reconocimiento de la UNESCO, cuya declaración tiene un amplio corolario de asuntos relacionados con el desarrollo cultural y comunitario y algunas anotaciones para un debate teórico, es punto de referencia obligado para una discusión sobre la vida cultural en las comunidades cuya identidad viene a definir los objetivos de su política y de su acción cultural. Ciertamente es que esta manera de entender la relación entre la cultura y el marco social en que se desarrolla origina en las sociedades modernas debates, discusiones encontradas a veces, pero no puede entenderse como progresivo y, menos aún, democrático, cualquier intento de reducir a la nada esa identidad diferenciada de los pueblos. Quienes, en aras de la universalidad, pretenden hoy en el Estado español reducir al absurdo esa actitud, convertida en comportamiento singular en comunidades como *Cataluña* o *Euskadi* en la reivindicación de la diferencia, calificando a quienes así se manifiestan como gentes que miran al pasado, hablan sólo desde una óptica política, que suele tener muy poco trato con la cultura y, por tal, permanecer con menos solidez en el tiempo que ésta.

La tentación del uniformismo de unos, aquejados del complejo de Procurto, y la exageración, por el contrario, de otros, al dejarse vencer por actitudes tan poco culturales como endogámicas, sólo pueden medirse desde parámetros culturales y, desde esos mismos postulados, corregirse, en la medida en que sus cultivadores estén dispuestos a dejarse enmendar. La dinámica cultural está por encima de esas actitudes maximalistas y tiende a reconocer que el desarrollo de las culturas particulares ni está reñido con el encuentro de una dimensión cultural universal, ni ha de monopolizarse por razones extraculturales o parapolíticas.

La citada “Declaración” de la UNESCO anuncia en el apartado dedicado a la *identidad cultural* que “la comunidad internacional considera que es deber suyo velar por la preservación y la defensa de la identidad cultural de cada pueblo”, para añadir que “la humanidad se empobrece cuando la cultura de un grupo determinado no es reconocida o es destruída”; o indicar que “hay que reconocer la igualdad en dignidad de todas las culturas de afirmar, preservar y de ver respetada su identidad cultural”. En ese mismo apartado de la declaración la UNESCO resalta también que la identidad cultural es una “riqueza estimulante”, al tiempo que declara que “la cultura es diálogo, intercambio de ideas y de experiencias, apreciación de estos valores y tradiciones: en el aislamiento se agosta y se muere” (1). Esto nos llevaría, por

(1) Citado por JOSEP MARIA CASTELLET. *La cultura y las culturas*. Argos-Vergara. Barcelona, 1985. Págs. 76 y ss. El libro de Castellet es el primer estudio de crítica cultural que aparece desde 1975, lleno de sugerencias, análisis rigurosos y propuestas culturales propias para una sociedad envuelta en la modernidad.

cuestiones metodológicas, a pedir una definición de “identidad”, y a responder con diligencia.

Por supuesto que cuando se habla de una *identidad cultural* no debe confundirse con *identidad nacional o identidad étnica*. Parece obvio que la crítica cultural debe hoy responder, si nos atenemos a presupuestos de progreso, a señalar que la *identidad cultural* viene definida por el conjunto de realizaciones que en el orden del pensamiento han servido a distintas comunidades, en un tiempo y un espacio determinado, como referente de su misma *evolución* mental. Esta evolución reseña los aspectos dinámicos de esa identidad, frente a la valoración estática que de la misma se hace hoy en algunas comunidades y, principalmente, en la vasca. Digamos, con *Julio Caro Baroja*, que “*toda identidad es dinámica. Es decir: variable*”. Me remito en este particular a Caro Baroja en sus capítulos “Sobre la identidad vasca (Ensayo de identidad dinámica)” (2), “¿Identidad en la derrota?”, incluido como el anterior en “*El laberinto vasco*” (3) y la muy interesante exposición que con el título de “*Tópico literario y caracterización antropológica: caracteres nacionales*”, ha publicado recientemente en “*Revista de Occidente*” (4). Sin detenernos ahora en los conceptos desarrollados por el antropólogo vasco, conviene no obstante anotar algo que expresa en “Identidad en la derrota” y que, no teniendo un propósito científico o académico, revela en una sola frase dos conceptos humanistas fundamentales: *amor y conocimiento*:

“Si hay una ‘identidad’ hay que buscarla en el amor. Ni más, ni menos. Amor al País en que hemos nacido o vivido. Amor a sus montes, prados, bosques, amar a su idioma y sus costumbres, sin exclusivismos. Amor a sus grandes hombres y no sólo a un grupito entre ellos. Amor

(2) *EL LABERINTO VASCO*. Julio Caro Baroja. Editorial Txertoa, San Sebastián, 1984, págs. 11 y ss.

(3) *Idem*. Págs. 119 y ss.

(4) *Revista de Occidente*. Madrid. Enero 1986, núm. 56, páginas 91 a 103, a. i. En esta misma revista, toda ella dedicada a la “Identidad”, se publican otros trabajos de gran interés, como el del profesor *Alfonso Pérez-Agote*, “La identidad colectiva, una reflexión abierta desde la sociología”, que se acercan, en su conjunto, a una serie de publicaciones, editadas recientemente en Euskadi y sobre Euskadi, que abordan esta cuestión de la identidad. Aunque requieren un estudio comparativo, conviene citar entre esos libros: *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, de Alfonso Pérez-Agote (Siglo XXI, Madrid, 1984), *El código nacionalista vasco durante el franquismo*, de Ander Gurruchaga (Anthropos, Barcelona, 1985), *Etnia y nacionalismo vasco. Una aproximación desde la Antropología*, de Jesús Azcona (Anthropos, Barcelona, 1984), *Hacia el triunfo de la nación vasca*, de Mikel Urkola (Haranburu Editor, 1984); *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, de Juan Pablo Fusi (Alianza, Madrid, 1984), *Mujer vasca. Imagen y realidad*, de Teresa del Valle y otros (Anthropos, Barcelona, 1985), *Iniciación al simbolismo*, edición que recoge las Jornadas de Estudio sobre el Pensamiento Heterodoxo, en San Sebastián (Ediciones Obelisco, Barcelona, 1986), singularmente las páginas 93 a 127); diversos estudios de *Fernando Savater* dispersos en sus tres últimos libros de ensayo editados, y, por cuanto aporta una reflexión crítica de primer orden sobre las sociedades industriales —y la sociedad vasca es una de ellas—, debe estudiarse en este mismo plano el libro *La otra alternativa*, de Francisco Fernández Pardo, escritor donostiarra, por cuya reflexión mereció el premio Ciudad de Irún (Ediciones de la CAP, San Sebastián, 1985).

también a los vecinos y a los que ‘no son como nosotros’. Lo demás, es decir, la coacción, el ordenancismo, la agresividad, el lanzar las patas por alto, ni es signo de ‘identidad’, si no es entre energúmenos alcoholizados, ni es vía para construir o reconstruir un País que pasa acaso por la mayor crisis de su historia y que está muy desintegrado desde todos los puntos de vista” (5).

Aceptadas, al menos como elemento de discusión, las cuestiones que plantea Caro Baroja en los libros y estudios citados anteriormente, pero, muy singularmente, la del conocimiento de la realidad cultural vasca, partiendo de algo tan fundamental para bien conocer las cosas, las personas y su conducta en la historia, como es el grado de amor, de acercamiento a unos y otros, tendremos en buena medida resueltas otras cuestiones.

Pero, aceptado por propios y extraños este reconocimiento formal, ¿qué deben hacer los particulares, las sociedades particulares, sus estructuras de administración y poder, sus instituciones culturales, su Universidad, para hacer que la cultura tenga asiento en su vida cotidiana, sin más pretextos que los de contribuir a un desarrollo armónico de estas sociedades particulares, discutir y desarrollar un pensamiento propio, un crecimiento cualitativo de la creación en sus distintas manifestaciones? Deslindar algunos espacios, estudiar sus posibilidades, distinguir la misma cultura de su proceso de difusión o extensión, acabar con el divorcio entre educación y cultura, buscar todas las posibilidades de desarrollo cultural que brindan las declaraciones institucionales (Constitución, Estatuto de Autonomía de Guernika, Ley de Bases del Régimen Local), articular las relaciones entre Administración y creadores de la cultura, estudiar e investigar con rigor la historia local. Es decir: un proceso de racionalización, cuyos beneficios tanto han ayudado a mejorar y desarrollar las sociedades modernas. Veamos seguidamente cómo van estas cuestiones.

DESLINDAR LA CULTURA DE SUS SUCEDANEOS

Mas, si la identidad no se pude definir por oposición, por negación, por lo que no debe ser, la cultura como elemento armónico se define por sus valores resolutivos, positivos. Nada resulta más penoso que escuchar a un conocido —y respetado— pensador español que, ante un auditorio formado en general por señoras que se definían como amas de casa, en una sala de San Sebastián, repetía constantemente que “cultura es todo”. Decir que ‘cultura es todo’ es una moda, pero no resuelve el problema. Si cultura es “todo”, ¿para qué seguir discurriendo? Así, pues, es conveniente resolver de una vez por todas la persistente insistencia en confundir la Cultura con el proceso por el que una sociedad debe llegar a ésta, o lo que es igual: difundir la cultura no es cultura.

(5) *EL LABERINTO VASCO*. Pág. 124.

Porque si cultura es todo, corremos la tentación de incluir en ese concepto su antítesis y asumir la aculturación o la misma incultura como un valor positivo de un tiempo y un lugar, por ser producto de esa misma sociedad. El propio Caro Baroja ha dicho recientemente que la incultura también se siembra (6). Hay entre ciertos monitores, hacedores o propagadores de la cultura en su extensión más amplia una creencia generalizada, calificada por los mismos como postura progresista, que tiende a vulgarizar los conocimientos, en un proceso que más que acercamiento de estos conocimientos universales al ‘pueblo’, es una engañina irresponsable. Vulgarizar los conocimientos, hacerlos comprensibles a la mayoría, no está reñido con el rigor. Vulgarizar no puede ser devaluar. El progresismo hay que buscarlo en dar a la mayoría los elementos para acercarse, dentro de sus posibilidades (y de su inteligencia), a aquellas nociones sobre su propia existencia que hacen de la misma un vaivén y también una incógnita permanente. Dudar para pensar; pensar para sentir.

Esa noción sobre la ‘universalidad’ de la cultura se manifiesta con gran claridad en la propaganda comercial desarrollada en relación con la gastronomía. Se ha dado en decir y propagar que la cocina es cultura. Esta universalidad, que sólo puede entenderse si nos atenemos a la ‘universalidad de los estómagos’ de que habla *Mantegazza*, ha hecho creer a nuestros cocineros que son las gentes más cultas que hoy discurren en Euskadi. O en Europa. La tendencia parece ser una tendencia de fin de siglo, en cuya recta final, el paso de Piscis a Acuario —no sólo un cambio de Era, sino de Epoca—, ha querido ser generoso con todo y con todos. Si nos estamos empeñando en hacer de la gastronomía cultura, como escribe *Rafael Castellano*, es que ya damos a ésta por por perdida (7).

El por tantos motivos atractivo y sugerente *Rafael Sánchez Ferlosio*, discutiría recientemente en un artículo de prensa y arremetía contra los usos actuales del tráfico cultural (“La cultura, ese invento del Gobierno”, noviembre, 1984), recordando a Mairena para denunciar el equívoco que hoy se da en la sociedad española a la hora de entender qué es “cultura popular”. Cuando Mairena hace su propuesta sobre el centro de enseñanza ideal considera rechazable la *Escuela Superior de Sabiduría Popular*, apostando por una *Escuela Popular de Sabiduría Superior* (8). Contra estos sucedáneos sería conveniente instituir una junta superior de calidad, pues si tanto nos preocupa el control

(6) “Nuestra Cultura”. Diario *El País*, 29 de enero de 1984. Pág. 11. En el mismo se leen cuestiones como ésta: “¿Todo será cultura? Sí. Hasta la incultura, objeto de grandes siembras, de metódicas siembras, regadas con las aguas (ifecales?) de la propaganda, del mitin y del articulazo del periódico doctrinal”.

(7) *LA COCINA ROMANTZCA*. Rafael Castellano, Laia, Barcelona, 1985. Pág. 9.

(8) Esta “ideología”, forma de actuar, filosofía de la cultura, no se percibe hoy en Euskal Herria. La reciente creación de *Jakintza Baiitha*, promovida por intelectuales que reclaman la vuelta, el encuentro con los saberes clásicos de Grecia, y la elevación de las nociones culturales al uso, es un elemento esperanzador, por su ejemplaridad (desligando a este vocablo de su posible identidad moral).

de calidad en los alimentos, por la posible intoxicación, no podemos olvidar que las intoxicaciones por vía mental han hecho estragos en la historia.

ACABAR CON EL DIVORCIO ENTRE EDUCACION Y CULTURA

Es este un proceso fundamental para el que acaso, más que renovar los ministerios, habría que renovar las inteligencias. Como es proceso menos costoso, tal vez porque lo segundo sea imposible, podemos iniciar la tarea por la primera proposición. Hay una tendencia constante en los gobiernos a disociar Cultura y Educación, como si ambas cuestiones pudieran entenderse por separado. La misma existencia de dos direcciones burocráticas, de dos ministerios, en la organización de los gobiernos, da una idea clara de esa disociación pretendida. No sería tan lamentable en cualquier caso esta separación de hecho, como la evidente desconexión, si no es por la falta de complementariedad de los programas educativos y culturales (admitiendo, que ya es generosidad, la existencia de una política cultural). Cuando se le pide al ministro de Cultura de turno a ver qué programa va a diseñar para acabar con el índice de analfabetismo (9) existente en España (si nos atenemos a lo que por tal entiende la UNESCO; es decir: analfabeto no es sólo quien no sabe leer o escribir, sino quien no es capaz de expresar un pensamiento en su idioma), se nos responde que eso es una cuestión del Ministerio de Educación, que lleva el programa de educación de adultos. Que lleva es un decir, porque en lugares como San Sebastián se están eliminando esas aulas.

Hay, también, en los gobiernos de la transición (actitud copiada, ¡ay!, por el Gobierno de Euskadi) una tendencia a confundir cultura y propaganda. No parece casual que el ministro de Cultura sea el portavoz del Gobierno, es decir, el encargado de “vender” lo “vendible” de las resoluciones de los Consejos de Ministros. En Euskadi esta identidad entre director del departamento de Cultura y portavoz se dio en las dos administraciones del lendakari *Garaikoetxea* (en el caso del consejero *Pedro M. Etxenike*, se confundían en una persona los cargos correspondientes a cultura, educación y portavoz), y se ha repetido en algunos casos en las Diputaciones Forales. La tentación de instrumentar la cultura, tan denunciada por muchos y con mejor diligencia y autoridad por el mismo Caro Baroja, no se escapa a esta “coincidencia”, ya que la función de los portavoces se acerca más a la tarea de ministros de la propaganda y la imagen, que la de sujetos favorecedores del desarrollo de la cultura. Hasta un partido político español, de tendencia socialdemócrata creciente e imparable, cuenta con un departamento que se denomina “Prensa y propaganda”, que si en un tiempo pasado era consubstancial al sistema político dominante, no parece hoy acorde con los nuevos derroteros de la sociedad.

(9) V. FELIX MARAÑA. *Cultura europea y analfabetismo español*. “El Diario Vasco”. 5 de abril de 1985.

Identificar y confundir cultura y propaganda es un elemento de distorsión, más que de desarrollo.

DESARROLLAR TODAS LAS POSIBILIDADES INSTITUCIONALES

Si bien es cierto que la cultura no puede hacerse desde el Boletín Oficial, no deja de ser menos cierto que Administración y Cultura no pueden aliviar sus divorcios si no es desde una conjunción inteligente. Tarea casi imposible. Es fundamental entender en este caso que la cultura, los medios para que la cultura pueda crearse, desarrollarse, transmitirse, están hoy al cuidado de las Administraciones Públicas, incluso en las sociedades occidentales. Nada tan necesario, por tanto, como la articulación de las relaciones entre administración y creadores de la cultura. Unos y otros tienen que reconocer que el dinero, el presupuesto asignado para el consumo de la cultura, está en las administraciones públicas (cada día se dedica menos “dinero privado” a la cultura), sobre todo en España. En una comunidad como la vasca, el fenómeno es más perceptible. Los creadores, siguiendo los consejos sabios de *Friederich Tomberg*, en su libro “*Estética política*” (10), deben romper algunos escrúpulos y asimilar cierta “lógica” de la sociedad mercantil e industrial de la que son parte, aunque no compartan desde su rebeldía la filosofía misma que mueve el sistema, a la hora de recibir, y exigir, si es el caso, los medios para la elaboración de su obra personal.

Por ello, los creadores y artistas no deben desconocer y dejar de exigir el cumplimiento de lo articulado en los textos constitucionales. De este modo contemplar la validez o invalidez de lo establecido en la Constitución Española (1978), en su artículo 44 (Capítulo III), donde se estipula: “Los poderes públicos promoverán y tutelarán el acceso a la cultura, a la que todos tienen derecho” y “Los poderes públicos promoverán la ciencia y la investigación científica y técnica en beneficio del interés general” (11), mientras en el artículo 48 de ese Capítulo III se proclama que “Los poderes públicos promoverán las condiciones para la participación libre y eficaz de la juventud en el desarrollo político, social, económico y cultural”. El Estatuto de Gernika (1979) reconoce a la Comunidad Autónoma del País Vasco la competencia con carácter exclusivo [Título I, artículos 10 (-13)] para crear “Fundaciones y Asociaciones de carácter docente, cultural, artístico, benéfico, asistencial y

(10) *ESTETICA POLITICA*. Editorial Villalar. Madrid, 1977. Traducción del alemán de Carmen Hierro. Interesante en su integridad.

(11) No olvidemos, de todos modos, la Ley 10-1-1879 de Propiedad Intelectual, así como el artículo 534 del Código Penal. Precisamente en estos momentos se discute la validez misma de la nueva Ley de Propiedad Intelectual, promovida por el Gobierno socialista, y contestada con rotundidad por la Asociación Colegial de Escritores, por estar, como dice Julio Caro, citando a Clarín, redactada a la penúltima moda. Ver “República de las letras”, núm. 13. Madrid, 1985. Revista de la A. C. Escritores de España. Euskal Idazlen Elkarteak está en lo mismo.

similares, en tanto desarrollen principalmente sus funciones en el País Vasco”. Ciertamente es que esto último está limitado por cuanto dice el artículo 34 de la Constitución de 1978. Pero tanto la Constitución, como el Estatuto de Guernika, que deriva de aquélla, tienen una concepción unitaria de la organización social y desconocen a mi juicio el papel fundamental que en el desarrollo de la cultura en la vida local pueden realizar los ayuntamientos, los gobiernos locales. En Europa se cuida mucho esta cuestión, que aquí se menosprecia. La Constitución del 78 proclama (Título VIII, Capítulo II, artículo 140) que “garantiza la autonomía de los municipios. Estos gozarán de personalidad jurídica plena...”. Pero la realidad es bien distinta. Ni la Ley de Territorios Históricos (que prima el papel de las Diputaciones), ni la nueva Ley Reguladora de las Bases de Régimen Local (Ley 7/1985, de 2 de abril. BOE del día siguiente) están por la labor. Aunque la Ley de Bases de Régimen Local abre algún resquicio [Capítulo III, artículo 25, letra h] al hablar de competencias de los Municipios, en materia de Educación, lo cierto es que los Ayuntamientos cuentan hoy con más obligaciones que medios. Un análisis en ese mismo sentido de la LTH vasca nos pondría ante la misma conclusión.

ESTUDIAR Y CONOCER LA VIDA LOCAL

Como proceso alterno y complementario a la exigencia de adopción de medidas que respondan a derechos fundamentales de la persona, los particulares, los ciudadanos deben ir conociendo esa realidad cultural próxima. Para ese conocimiento cobra especial significación el papel que desempeñan los investigadores, estudiosos y animadores de la vida local. Un estudio del tantas veces citado aquí Julio Caro Baroja, por título “*Horizontes de la investigación moderna en la vida local*” (1970) (12), resultante de una ponencia presentada por su autor en la IV Asamblea de Instituciones de Cultura de las Diputaciones, celebrada en Bilbao entre el 28 de setiembre y el 3 de octubre del año citado, nos sitúa de pleno y en rigor ante lo que se puede realizar en este campo. Caro Baroja propone un programa minimalista para dar vigor a la vida local, generando un clima cultural, que integrara a los distintos protagonistas que en una comunidad pequeña participan de esas inquietudes. No hay una sola línea en este opúsculo que no tenga interés. Bastaría con leerlo o reeditarlo.

Hay un elemento nuevo que añadir a las propuestas del insigne historiador, y es la aparición de la figura del animador cultural, que viene siendo en Europa un dinamizador de espacios y entendimientos culturales de primer

(12) El opúsculo, editado por la Diputación de Vizcaya (1970) consta apenas de once páginas. Su existencia, según me comunicó recientemente el propio Julio Caro, era desconocida para su autor, que no contaba con ejemplares. El que esto escribe encontró (5 de octubre de 1979), en una papelería pública de la calle Arbieto de Bilbao, próxima a la Diputación, quince ejemplares del folleto, enviados allí por mano anónima. Tan anónima, como inculta.

orden en las pequeñas comunidades (13). El Gobierno Vasco ha realizado cursos de formación de jóvenes animadores culturales, siendo una de las comunidades autónomas del Estado que han ensayado este camino con más celeridad. Esperemos que con el mismo o mayor provecho. Pero, en el país Vasco, es hoy noticia fundamental para ese desarrollo cultural la creación de una *Escuela de Archivística y Biblioteconomía*.

BIBLIOTECONOMIA Y ARCHIVISTICA

En el camino de la resolución de las deficiencias culturales que hoy se observan en la sociedad vasca, la creación para el curso académico 1986-87 de una Escuela Universitaria de Archivística y Biblioteconomía, que tendrá su sede en Vitoria, dependiendo de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, es una buena noticia. La actividad realizada por una decisión a veces espontánea, bien de aficionados o profesionales, va a tener a partir de ahora un respaldo oficial en todas las materias relacionadas con los archivos y custodia, verificación y ordenación de documentos que hacen referencia con la historia social, cultural y económica del pueblo vasco. El papel científico que una escuela universitaria de esta índole puede desempeñar en Euskadi, corregirá los errores que, bien por la pasividad o menosprecio de la Administración que sostuvo el poder durante la anterior Dictadura, bien por la falta de medios o ideas, se han dado en nuestros archivos, bibliotecas, centros de documentación, públicos o privados. En el comienzo de la denominada reforma democrática (1978) se repitieron en el País acciones insensatas, tendentes a hacer desaparecer, por un rechazo al parecer lógico desde la política, pero inconcebible desde la cultura histórica, libros, documentos y legajos, por el mero hecho de que en su tapa se pudieran leer nociones que hacían referencia a “Falange” o “Movimiento”. Algunos tuvimos la oportunidad de pedir a ciertas Comisiones gestoras de los Ayuntamientos vascos que detuvieran cualquier tentación política que les invitase a destruir documentos que serán importantes para estudiar, si no ía forma en que los vascos se gobernaron durante un período determinado (1938-1977), sí el modo en que fuimos gobernados por otros dictados.

Cierto es que en una década se han venido realizando esfuerzos considerables, bien desde el Gobierno Autónomo, bien con su apoyo, y el de las Diputaciones, por entidades culturales como Eusko Ikaskuntza. En esto es evidente la importante tarea de catalogación de nuestros archivos llevada a cabo por la Sociedad de Estudios Vascos, el refuerzo de atenciones en algunas bibliotecas y archivos públicos, con más prestaciones y mejor dotación perso-

(13) Ver “*Metodología y práctica de la animación socio-cultural*”, de Ezequiel Ander-EGG. Caja de Ahorros de Alicante y Murcia. Alicante, 1983. Un estudio donde se contienen los modos de hacer y discurrir en este terreno, donde el sentido común, o la inteligencia natural, también pueden aportar lo suyo.

nal o la creación del *Centro de Documentación de Historia Contemporánea del País Vasco*, creado a su vez por Eusko Ikaskuntza. Este Centro de Documentación con sede en Fuenterrabía, viene acumulando y ordenando unos materiales que son fondo indispensable para el estudio y reconocimiento del presente histórico. Su creación parece por demás justificada, porque es bueno, pero no parece lógico ni económico para el investigador, que el mejor archivo sobre este particular se encuentre hoy en Reno (U.S.A.) *Juan Carlos Jiménez Aberásturi*, encargado de este centro de Fuenterrabía, reseña razones y fines:

Tradicionalmente los vascos hemos sido considerados “cortos en palabras”, que traducido al terreno que nos interesa, vendría a significar faltos de testimonios y fuentes documentales necesarias para poder ir elaborando nuestra historia. Pero esto, que puede ser justificado en lo que se refiere a otras épocas, resulta inadmisibile en los tiempos actuales en que de manera consciente se ha emprendido un esfuerzo de recuperación de nuestra identidad, en el que la cultura en general está abocada a jugar un importante papel. Dentro de esta cultura, la historia en particular, sobre todo en los últimos tiempos, debe ayudarnos a conocer mejor la realidad y aprender de ella, ya que es indiscutible que nuestro pasado cercano tiene todavía un gran peso, visible aún hoy en día (14).

Tendente a su vez a “conocer mejor la realidad y aprender de ella”, como se afirma en el párrafo anterior, se han programado otros cursos para la formación e información de profesionales acerca de ese proceso de conocimiento de la historia próxima. Un proceso al que se han acercado en los últimos meses, desde la sección de Historia de Eusko Ikaskuntza, programando en Pamplona y Bilbao un “*Curso de Historia Local*”, cuyos objetivos dan cuenta de la riqueza de este movimiento al acercar a estudiantes, universitarios de ciencias sociales, profesores de EGB y enseñanzas medias y a todo aquel que quiera adentrarse en el conocimiento de la historia, los elementos básicos para no andar descaminados.

... “tratamos de promover la elaboración de historias locales, mediante una investigación sistemática y científica. El término *local* no debe ser asimilado a municipal, sino más bien a todo tipo de entidades territoriales o sociales, desde el barrio hasta la comarca o el valle. El análisis histórico local nos invita tanto a comprender las realidades actuales como a reflexionar sobre las nuevas formas de actuación y reconstrucción de nuestro futuro” (15).

(14) *Historia-Geografía*. Cuaderno de Sección de Eusko Ikaskuntza. núm. 2, San Sebastián, 1984. Págs. 199 y ss. Existe una separata de ese mismo Cuaderno (Págs. 199 a 299), donde se contiene amplia información sobre el fondo del Centro de Documentación de Historia Contemporánea del País Vasco.

(15) Del programa del “Curso de Historia Local-Tokiko Historiaz Ikastaroa”, enero-febrero 1986. Archivo de Eusko Ikaskuntza.

Esa amplitud que se da en este caso al término “local” presupone la actitud abierta de las generaciones de jóvenes historiadores a la hora de entender el estudio del entorno, que es asignatura obligada por otra parte en cualquier sistema de educación europeo: el estudio de la historia propia con realismo y criterios rigurosos, no sólo aísla a los particulares de cualquier tentación etnocentrista, sino que predispone a todos para mejor acercarse y comprender la realidad del mundo. En el País Vasco se aprecia hoy un proceso evolutivo que prospera en este sentido, precisamente porque parte de un encuentro con actitudes científicas, que no por tales han de ser sin embargo complejas. Se están reconstruyendo algunas hemerotecas, lo que viene a reconocer la dimensión histórica de los medios de comunicación, como soporte en el que, con uno u otro signo, va registrándose, a través de la imagen, la información, la creación de la opinión y el mensaje, la historia de cada día. Los registros sonoros, la microfilmación de documentos, la utilización en suma de los modernos sistemas de comunicación, están contribuyendo eficazmente a esta tarea, a la que se añadirá en otros terrenos la futura creación del *Archivo Nacional Vasco*, que inicialmente iba a ubicarse en Leioa (Vizcaya) y, por añadidura, de modo complementario y fundamental al mismo tiempo, el *Museo Nacional de la Técnica y la Ciencia*, para el que existe a su vez proyecto escrito. Muchos ayuntamientos vascos reconstruyen, ordenan y sistematizan los denominados archivos municipales en sus vertientes burocráticas e histórico-sociales. Y muchos son también los investigadores que, conscientes de esa dimensión traslativa y abierta de lo local, solicitan una atención mayor a este fenómeno de reconocimiento y estudio de la historia próxima en el tiempo y el espacio. De ahí la preocupación de algunos historiadores en solicitar la creación de un *Archivo de Historia Oral*, que rescate los testimonios personales, mediante registro oral, de los protagonistas de la reciente historia. Testimonio de lo anterior es el libro “*Protagonistas de la Historia Vasca*” (Eusko Ikaskuntza, 1986), que responde a los encuentros realizados por la Sociedad de Estudios Vascos en 1984, con la coordinación de *Xosé Estévez y Marga Otaegui*. La consideración de los elementos que la técnica propone hoy en día para el registro de la historia es también una manera de adecuarse a los métodos de trabajo que proporciona la modernidad. Pero el sistema no es nuevo. A principios de siglo, el lingüista vienés *Trebitsch*, utilizó el registro sonoro en sus trabajos sobre el euskera.

Cuando el académico *Pierre Xarriton*, en 1983, estaba revisando en el “Fonogrammarchiv” material para un trabajo sobre *Pierre Broussain*, halló un interesante documento, consistente en sesenta y ocho discos que datan de las grabaciones hechas por *Trebitsch*, en su viaje al País en 1913. Continuador de la obra de *Luis Luciano Bonaparte*, *Trebitsch* llegó al País Vasco con su gramófono a cuestas, visitó en aquel entonces veintinueve lugares, entrevistando a dos o tres personas por localidad, interesado por realizar un estudio de la lengua vasca. En su gramófono, que era tan pesado como útil, registró en conversación libre con los encuestados las primeras palabras en euskera habla-

do, documento este que se considera por tanto la primera grabación conocida en esta lengua. Gracias a la utilización de aquella técnica podemos ahora conocer un documento que refleja el euskera de fin de siglo, hoy en el archivo Fonográfico de Viena, de cuyo centro fuera también director Trebitsch. Los discos referidos están numerados del 2.177 al 2.248 y van a ser un referente más en la elaboración del *Atlas Lingüístico de Euskal Herria*, en el que ahora trabaja Euskaltzaindia.

El propio Caro Baroja, en su intervención sobre "*Horizontes de la investigación moderna en la vida local*", ya citada anteriormente, con la perspectiva de 1970, sugería la creación también de una *Biblioteca de Historias Locales*, que pudiera estar adscrita al CSIC, porque "*sólo —por ejemplo— el hecho de tener juntas las ordenanzas municipales de unos cientos de municipios españoles daría materia a investigaciones muy importantes para el desarrollo de la vida local*". En este mismo propósito de reconocimiento de una realidad cultural próxima se encuentra la propuesta de algunos investigadores para crear en las principales comarcas de Euskal Herria museos que tuvieran la misión de cuidar el patrimonio cultural en los órdenes histórico, etnográfico y social. Todo ello sin olvidar que no puede haber identidad sin conocimiento.